

SHALOM, MENSAJE BÍBLICO CENTRAL

Adrian Schenker nos ha mostrado en su artículo (véase más arriba, Págs. 279-282) cómo un texto profético olvidado -Is 19,16-25- representa una llamada a la reconciliación en momentos en que el proceso de paz en el Próximo Oriente peligra. Esta idea de reconciliación está más cerca del concepto bíblico de paz que el mero cese del estruendo de las armas. Se comprende que, para el autor del presente artículo, shalom, -paz en sentido bíblico- constituya el mensaje bíblico central. El análisis lingüístico, la aportación de los distintos textos, la teología de las alusiones, todo lleva a concluir que la paz no es una palabra, sino una realidad que hay que ir construyendo día a día y, sobre todo, que implica un talante -la no violencia- en el planteamiento de los problemas y en la solución de los conflictos, de los que la vida humana, hoy como ayer, está cargada.

Schalom als sentarle biblische Botschaft, Theologisch-praktische Quartalschrift 141 (1993) 3-12.

La expresión hebrea shalom goza tal vez de tanta popularidad, porque, al contrario de los términos de nuestras lenguas maternas pau, paz, peace, paix, ftieden, no evoca ninguna asociación negativa ni alusión concreta, quedando abierta a los sentimientos personales de cada uno. Permítase, pues, al exegeta determinar su significado bíblico-teológico, teniendo en cuenta dos presupuestos previos: 1) sólo cito en mi investigación textos que incluyan el término shalom o su equivalente griego eirene; 2) en atención al diálogo ecuménico me limito a los 39 libros de la Biblia hebrea y los 27 del NT, dando a ambos Testamentos el mismo valor de partes de la Biblia cristiana.

Shalom parte esencial del Evangelio del Reino de Dios

La Biblia emplea la expresión *shalom* ante todo al hablar de la soberanía divina. *Shalom* o su equivalente griego *eirene* es el núcleo esencial del mensaje teológico tanto del Isaías exílico como de Jesús de Nazaret:

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del heraldo que anuncia shalom, que trae la buena nueva, que pregonar la victoria! Que dice a Sión: "tú Dios es rey" (Is 52,7).

El Dios-Rey que viene, hará borrón y cuenta nueva del pasado, cancelando las culpas de su pueblo (véase Is 40, 1-2; 55, 1-3).

Jesús se tiene por profeta escatológico, mensajero de gozo, evangelista que anuncia la buena nueva. Ofrece sin condiciones *shalom* de Dios, su libérrimo perdón. En el centro de los Evangelios, al instruir y conferir a los discípulos su misión de predicar, habla de paz:

Cuando entréis en una casa, lo primero saludad: paz a esta casa; si allí hay gente de paz, la paz que les deseáis se posará sobre ellos; si no, volverá a vosotros. (Lc 10, 5-9; véase 9, 1-6 y Mt 10, 1213).

La libertad con que se ofrece la paz reconciliadora del Dios-Rey, se ve en la posibilidad de rehusarla. *Shalom* no se impone a nadie.

Es evidente que lo que Jesús expresa al hablar de "paz", sólo se puede entender en el marco del NT. Y de cara a la predicación de la realeza del Dios-Padre bíblico, *shalom* ocupa un lugar central. Es más que conocido el reproche de que la historia bíblica está llena de violencia. A quien esté dispuesto a leerla como una gran lección histórica, no se le ocultará que ventilar el tema de la violencia es un paso insoslayable en el camino hacia la no violencia. Una de las principales lecciones de esta historia didáctica es que la soberanía divina apunta a poner fin a la soberanía humana. En medio de las sangrientas historias del libro de los Jueces, Gedeón dice: "ni yo ni mi hijo seremos vuestro jefe; vuestro jefe será Yahvé" (Jc 8,23). Y Jesús de Nazaret dirá: "sabéis que los que figuran como jefes de los pueblos los tiranizan y que los oprimen; pero no ha de ser así entre vosotros" (Mc 10, 42-43).

Entre ambos -Gedeón y Jesús- el término *shalom* ha adquirido su primera plenitud de sentido. Quizá fuera mejor no traducirlo, ya que es más amplio que sus equivalentes en las traducciones tradicionales. En la mayoría de los textos, la versión griega lo traduce por *eirene*. A los oídos griegos, sonaría automáticamente como contrapuesto a "guerra". Ciertamente que *shalom* no difiere por completo de *eirene*; pero significa más y evoca otras asociaciones. Lo opuesto a *shalom* no es propiamente la "guerra" sino el "mal", la "desgracia". Son interesantes las expresiones positivas que hallamos en el entorno de *shalom*: "amor y compasión" (Jr 16,5), "Vida" (MI 2,5; Pr 3,2), "porvenir" (Sal 37,37), "salvación" (Is 57,19; Jr 14,19; 33,6), "salud" (Sal 38,4), "bendición" (Sal 29,11), "el bien" (Sal 34,15), "remedio" (Jr 14,19), "alegría" (Is 55,12), "sosiego y seguridad" (Is 32,17; 57,2).

Esta enumeración no es exhaustiva; pero hace comprensible el que desde el siglo pasado la mayoría de lexicógrafos hayan atribuido a *shalom* el significado básico de *totalidad*. *Shalom* evoca una amplia gama de aspectos, que no se hallan sólo en el antiguo oriente, sino también en numerosas tradiciones de toda la humanidad, especialmente en las religiones de la naturaleza, lo cual le otorga una dimensión ecuménica.

La justicia social forma parte de shalom

Hay que añadir un aspecto muy importante: la justicia viene a ser como la hermana gemela de *shalom*: "la justicia y la paz se besan" canta la tradición cultural jerosolimitana (Sal 85,11). Y el autor de la carta a los hebreos sabe que esta tradición ahonda sus raíces en la religión cananea de la Jerusalén pre-israelita, al llamar a Melquisedec "rey de justicia" y "rey de paz" (Hb 7, 1-2). Pero la unión entre justicia y paz no es un residuo fortuito de tiempos pasados. Está perfectamente integrada en el concepto bíblico de *shalom* y se extiende como hilo conductor hasta el NT, como constata Pablo: "el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rm 14,17; véase St 3,17s; Hb 7,11; Ef 6,14). Y se antepone la justicia a la fe, el amor fraterno y la paz (2 Tm 2,22).

En este contexto es en el que hallamos las cualidades concomitantes de *shalom* que acabamos de reseñar: "sosiego y seguridad". No tienen que ver con la harta despreocupación del autosuficiente ni con la voluptuosa holganza del perezoso, a

quienes los profetas han de dirigir sus amenazas (Is 32,9-14; Am 4,1-3; 6,1-7). *No, shalom* en "sosiego y seguridad" no se alcanza sin la rectitud de la justicia:

La obra de la justicia será shalom, el fruto de la equidad, la calma de la seguridad perpetua; mi pueblo habitará en dehesas de shalom, en moradas tranquilas, en mansiones sosegadas (Is 32,17-18).

Pero "la seguridad para siempre" sólo tiene validez si también la justicia está en vigor. Las tradiciones postexílicas del libro de Isaías atestiguan que pronto, después del exilio, volvían a dominar en Jerusalén situaciones parecidas a las del tiempo de los reyes: los ricos de las capas altas explotaban las clases empobrecidas. Esto explica que hallemos en el TritoIsaías textos críticos contra el culto, que no van a la zaga del primer Isaías (Is 58, 1-10). No obstante una vez más hallamos también la promesa de que Dios establecerá otros gobernantes; "te daré por inspectores *shalom* y por capataces la justicia" (Is 60,17).

Hay que educar para la paz

El entorno de *shalom* va envuelto a menudo de terminología sapiencial. Así, por Ej., dice un proverbio popular: "quienes meditan el mal se engañan a sí mismos, pero quien aconseja *shalom* cosecha alegría" (Pr 12,20). El *shalom* del pueblo no depende en último término de los consejeros de los gobernantes. Quien recibe mejor consejo es quien va a la escuela de Dios. La cita neotestamentaria del Jesús joánico tiene en el Isaías del exilio un sentido eminente de paz política. A Jerusalén se le promete: "todos tus hijos serán discípulos de Yahvé y grande será el *shalom* de tus hijos. Estarás firmemente asentada en la justicia" (Is 54, 13s; Jn 6,45). También el Isaías postexílico parte de la base de que *shalom* tiene algo que ver con el aprender: "sus pies corren al mal, tienen prisa por derramar sangre inocente (...); no conocen el camino del *shalom*, no existe el derecho en sus senderos; se abren sendas tortuosas, ninguno de los que las siguen conoce el *shalom*" (Is 59,7s).

Parece ser una trágica consecuencia de la libertad, el que el hombre pueda cerrarse al conocimiento de lo *que lleva a la paz* (Lc 19,42), que pueda olvidarlo todo menos el camino del mal, que sea capaz de aprenderlo todo menos el camino del *shalom*. La tradición de los pobres de Yahvé transmitía la convicción de que, a pesar de todo, merece la pena tomar lecciones del temor de Yahvé, dando al temor de Yahvé el sentido de responsabilidad social: "venid hijos, escuchadme, os instruiré en el temor de Yahvé (...); apártate del mal, obra el bien; busca el *shalom* y corre tras él" (Sal 34, 12-15). Este versículo aparece dos veces en el NT sin perder nada de su fuerza (Hb 12,14; 1 P 3,11) y también, aunque con menos fuerza, la variante postexílica "el camino del *shalom*" (Is 59,8) en el cántico de Zacarías: "para guiar nuestros pasos por el camino de la paz" (Lc 1,79).

Dimensión cósmica de shalom

Otro punto de vista nos lo ofrece el ya citado texto de Is 32, 15-20: "Cuando se derrame sobre nosotros un aliento de lo alto, el desierto será un vergel, el vergel parecerá un bosque; en el desierto morará la justicia y en el vergel habitará el derecho: la obra de la

justicia será *shalom*, la acción del derecho, calma y tranquilidad perpetuas; mi pueblo habitará en dehesas de *shalom* (...). Dichosos vosotros que sembráis junto al agua y dais suelta al asno y al toro". Aquí ya no se habla tan sólo de saciarse de justicia y de paz. Este tema es central, pero carecería de sentido fuera del contexto de la creación transformada y puesta a salvo. El desierto convertido en jardín es el campo abonado para que la justicia pueda aportar *shalom*.

Al considerar todo el capítulo, el tema resulta explosivo. Is 32,914 describe las consecuencias de la irresponsable arrogancia con que los ricos tratan a los pobres: el fructífero y bien poblado campo de cultivo se convertirá en un desierto yermo y sin vida. Ciertamente que el hombre bíblico no era capaz de imaginarse como nosotros la creación en peligro. El texto piensa evidentemente en devastaciones bélicas. Es decir: la devastación de la naturaleza es tan sólo una consecuencia indirecta de la injusticia social. Pero la palabra salvadora está formulada en estilo poético, lo que permite una interpretación que afine más la relación entre injusticia, violencia y aniquilación de la naturaleza. La amenaza no es, sin embargo, la última palabra y el mensaje de salvación promete a quienes se dejen inspirar por el espíritu, la posibilidad de hacer reversibles los daños.

En el contexto de la palabra *shalom* se dan en el NT muchos pasajes que exigen un comportamiento *ecológico*. El antijudaísmo subliminal, que recorre toda la historia hermenéutica del cristianismo, puede haber influido en que se lo relegara a segundo término. También contribuiría a paralizarlo su interpretación exageradamente mesiánica de esos textos. Si textos referentes a la realeza -*que rija a tu pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud; que los montes traigan shalom para tu pueblo y los collados justicia* (Sal 72 2,3)- se aplican exclusivamente al Mesías y no a todo el *homo politicus* del futuro ni a la responsabilidad individual de quienquiera que siga sus pasos, se les priva de su fuerza detonante.

El modo como Jesús y la comunidad primitiva trataban estos textos era muy otro. Por Ej.: Jesús se tiene a sí mismo por el *hijo del hombre*; pero al mismo tiempo apuesta su vida para que todo Israel se vuelva *hijo del hombre*, es decir "humanidad transformada". Los escritores de cartas del NT no se cansarán de hablar de la *nueva creación* en Cristo. Para cada cristiano tiene lugar en el bautismo. Este es otro tema que en nuestra hermenéutica individualizante, aburguesada, orientada al más allá y a sí mismo, carece de toda relación con una política de paz y con la responsabilidad social y ecológica.

En el himno a Cristo de la carta a los colosenses, bautismo significa ingreso en una corporación de dimensiones universales, en el Cuerpo de Cristo:

Por su medio se creó el universo celeste y terrestre, lo visible y lo invisible, ya sean majestades, señoríos, soberanías o autoridades (...). En él tuvo a bien Dios que morase toda la plenitud y por medio de él reconciliar todas las cosas consigo, haciendo la "paz" mediante la sangre de su cruz (Col 1,16-20).

Un texto del Isaías exílico ayudará a comprender la dimensión teológica, cósmica y creadora de este himno y entender qué significan en realidad las *soberanías y autoridades* o potestades: Yo soy *el Señor y no hay otro: artífice de la luz, creador de las tinieblas, autor del shalom y fautor de la desgracia* (Is 45, 6s). El período del exilio es modélico para todo tiempo de frustración. Un monoteísmo consecuente como el del

Déutero-Isaías podría salvaguardarnos aun a nosotros del catastrofismo que ve el mundo abandonado al destino implacable de todo género de fuerzas ocultas o ciclos astrales. Una fe que ve en el creador al "autor del *shalom* y de la desgracia" podría liberar más fuerza de acción que cualquier exhortación moral.

Shalom no se ha de tomar a la ligera

Voy a tocar ahora el problema de los falsos profetas. Durante su vida, los verdaderos profetas no pudieron acabar con ellos. Sus descendientes tuvieron más suerte: podían juzgar el pasado. Reflexionando sobre la tradición bíblica, quizá podamos establecer criterios de discreción de espíritus acerca de la manera tan superficial como se habla de *shalom*. Pablo ve en el "desorden" lo antagónico de la "paz" (1 Co, 14,33). Nuestro apodíctico "hay que mantener el orden" hace difícil tomar el "orden" como criterio. Pablo establece el paralelismo entre "paz" y lo que contribuye a "la edificación recíproca". Pero la afinidad entre "edificación" y "edificable" hace también este criterio ambivalente. Jeremías caracteriza así a los falsos profetas: "pretenden curar a la ligera el quebranto de mi pueblo, diciendo: *shalom, shalom*, cuando no hay *shalom*" (6,14). No se puede hablar de "paz" en tono impositivo e ilusorio, se han de poder verificar sus resultados. Leída desde esta perspectiva, la formulación paulina de edificación cobra su auténtico sentido y cabe cotejarla con la "paz". La casa de la "paz" nunca se acaba de construir, por más que el falso profeta vaticine que ya está terminada.

Resulta superfluo acentuar que falsos profetas no los hay únicamente en el mundo eclesiástico, sino también en el político. Los hubo igualmente en el imperio romano. El lema rezaba: *pax et securitas*. Ante el acontecimiento Cristo, Pablo lo considera una frase insensata: *mientras sigan diciendo "paz y seguridad", les caerá encima de improviso el exterminio, como los dolores a una mujer encinta, y no podrán escapar* (1 Ts 5,3). En esta línea va la palabra de Jesús: *no he venido a poner paz, sino espada* (Mt 10,34), que se ha de entender desde el versículo conclusivo: *el que ha encontrado su vida la perderá y el que la ha perdido por mí la conservará* (39). Cuando la búsqueda de la vida cae en el olvido, no se sigue buscando más: esa paz de quienes no quieren ya seguir buscando ni seguir perdiendo es la que Jesús quiere perturbar. La palabra que es espada aparece en el contexto como una imagen y aunque alguien no quiera aceptar la explicación alegórica de esta palabra, no puede ver una espada en manos de Jesús y de sus discípulos. La espada la esgrimen los perseguidores de los seguidores de Jesús.

Shalom es posible. No violencia y política de paso a paso

Lamentablemente, predicadores y teólogos cristianos se han apoyado en tópicos como el de la espada, para justificar la guerra y la bendición de las armas. Sin embargo, las tradiciones bíblicas se orientan desde el principio hacia la no violencia que Jesús ha enseñado y vivido. Aun la antigua teoría del Yahvé guerrero (Ex 15,3) encierra curiosamente un núcleo antimilitarista. El *quid* de las narraciones del Yahvé guerrero está precisamente en que sólo él lucha, mientras Israel no puede hacer más que mirar con los brazos alzados. Miriam y las mujeres celebran que Yahvé haya privado a los hombres de todo su armamento, arrojando al mar sus carros y caballos (Ex 15,21). La crítica profética recupera el motivo del Dios destructor de las armas y lo esgrime contra el rearme israelita: *yo romperé el arco de Israel* (Os 1,5). La predicción del segundo

Zacarías que los evangelistas invocan en la entrada de Jesús a Jerusalén se inserta sin cesuras en esta tradición, que el mismo Jesús recordaría al cabalgar simbólicamente sobre una asnila:

Alégrate, ciudad de Sión; aclama, Jerusalén; mira a tu rey que está llegando: él es justo y viene a ayudarte; es humilde y cabalga un asno, una cría de borrica.

Destruirá los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén; destruirá los arcos de guerra y dictará shalom a las naciones (Za 9,9s; Mt 21,5 par).

No es posible agotar la plenitud de significado de este pasaje. Lo primero que llama la atención es la relación entre justicia y *shalom*. El rey de la paz es el antitipo de los reyes davídicos, quienes, siguiendo el ejemplo de David y como los monarcas de aquellos tiempos, desde los faraones hasta los emperadores romanos, imponían la paz por las armas. La garantía militar de la paz formaba parte de la estructura monárquica de la justicia. Hay muchas razones a favor de que, conforme a la piedad postexílica de los pobres de Yahvé, el justo (*saddiq*) de Zacarías desea ser comprendido como alguien que se somete al derecho y a quien Dios hace justicia. Junto a la traducción "él viene a ayudarte" cabría igualmente tomar la voz pasiva "él se deja ayudar". La cabalgadura del rey pacífico está en claro contraste con el altivo alazán de los reyes tradicionales. En el período postexílico el asno es asimismo la cabalgadura de los pobres. Esto dice bien con el término "humilde", al que una interpretación demasiado intimista ha privado de su fuerza bíblica. En el AT hebreo significa "pobre". La Biblia griega usa *práus*, que no necesariamente hay que traducir por "manso". Mateo lo usa igualmente en la tercera de las bienaventuranzas, como un comentario a la primera: la exaltación de los pobres. La versión ecuménica lo traduce con acierto: "felices los que no emplean violencia" (Mt 5,5). Es cosa sabida que Mateo compuso las bienaventuranzas en dos series de cuatro. La bienaventuranza de los no violentos ocupa un lugar paralelo a la de los que fomentan la paz:

Dichosos los no violentos, porque esos van a heredar la tierra (5,5)

Dichosos los que trabajan por la paz, porque a esos los va a llamar Dios hijos suyos (5,9).

Cada una de las series concluye con un macarismo que contiene la palabra *justicia*. La formulación griega *eirenepoioi* evoca, sin duda, el título de "pacificador de la ecumene" que se atribuían los soberanos romanos, lo que confirma que Jesús no consideraba privilegio suyo el cumplimiento de las promesas proféticas. Proclama dichosos a quienes se apropian el derecho de los reyes y emperadores emulando su obra pacificadora. Cabe hablar con razón de una "democratización de los privilegios reales". Aun cuando nadie pueda atribuirse como él, profeta de los últimos tiempos, la plena aportación de la paz, Jesús brinda a todos la política de los pequeños pasos. El sermón de la montaña lo ilustra sobradamente.

Shalom es un bien escatológico

Terminemos constatando una vez más, de acuerdo con muchos textos bíblicos, que sólo Dios, con su Ungido y por la fuerza del Espíritu, puede otorgar la plenitud de *shalom*.

Una paz total sólo puede hallarla el hombre en Dios, aun en el AT: si se *acoge a mi protección, que haga shalom conmigo, que conmigo haga shalom* (Is 27,5); "estamos en paz con Dios por obra de nuestro Señor Jesucristo" (Rm 5,1). No es por casualidad ciertamente, el que, al renunciar a la realeza, erija Gedeón un altar al Señor diciendo: Yahvé es *shalom* (Jc 6,24). Podemos ver enraizada en esta frase consagratória la expresión Dios *de la paz*, tan frecuente en el NT.

Esperar de Dios y su Cristo la plenitud de *shalom* no significa en absoluto diferirlo a un eterno mañana. Hay muy pocos pasajes de la Biblia que puedan inducir a este malentendido, tal vez por su desviación litúrgica. Me refiero al saludo de bienvenida: "la paz (*shalom*) sea con vosotros". Este saludo rutinario y del que tan mal uso hizo el traidor en su beso, ha recobrado todo su valor gracias al resucitado. La paz que el resucitado de la muerte da a los cristianos, es la paz "que el mundo no puede dar" (Jn 14,27). El saludo *la paz sea con vosotros* (Jn 20, 19.21) viene avalado cien por cien por el Padre celestial. El contexto excluye una interpretación tal como "la paz de las almas". La paz se puede seguir comunicando: "a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados" (v. 23). No hay ni una sola definición dogmática que refiera este versículo única y exclusivamente a la institución del sacramento de la penitencia. El encargo de perdonar lo extiende Jesús a todos los cristianos.

Tradujo y condensó: RAMÓN PUIG MASSANA